

# LA REFORMA PARALELA, HISTORIA DEL MOVIMIENTO ROSA✠CRUZ DEL SIGLO XVII

©G.E.I.M.M.E. (2006- todos los derechos reservados)

Autorizado por: <http://www.geimme.es/> para: [www.circulodorado.com/](http://www.circulodorado.com/)

*El pasado día 3 de Junio de 2.006, en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (c/ Prado, 21), tuvimos ocasión de contar una vez más con nuestro Ilustre H. Yves-Fred Boisset, actual Director Internacional de la Revista L'Initiation fundada por Papus en 1.888 y reeditada por su hijo Philippe Encausse en 1.953. Autor también de varias obras que tratan sobre la Sinarquía según Sant-Yves d'Alveydre, en 1.977 publicó un ensayo titulado "Las Llaves Tradicionales y Sinárquicas del Arqueómetro". Tras más de 35 años de trabajo iniciático intenso, Yves-Fred ha sido al mismo tiempo un impulsor de nuestra Tradición Iniciática de Occidente a través de sus publicaciones y conferencias sobre la historia del cristianismo, la Tradición esotérica occidental, el Martinismo y la Francmasonería.*



*En la conferencia estuvo acompañado de D<sup>a</sup> Rosa Nogueira Peixoto, Vice-Presidente del G.E.I.M.M.E., que llevó a cabo la exposición del contenido traducido a idioma español, y de D<sup>o</sup>. Allihassana Coulibaly, también colaborador de este Grupo de Estudios, que llevó a cabo la labor de traductor en la parte final de preguntas y consultas por parte de los asistentes.*

*A continuación incluimos el texto completo de la Conferencia.*



Los historiadores toman como referencia el año 1453 para marcar el final de la Edad Media y el comienzo del « Renacimiento ». En efecto, fue en 1453 cuando los Otomanos se apoderaron de Constantinopla que, después de ser Bizancio en la Antigüedad, se convertirá más tarde en Estambul. La segunda mitad del siglo XV fue particularmente rica en acontecimientos importantes propios para abrir una nueva era: la reconquista del Reino de Granada (último bastión de los musulmanes en España) por los Reyes Católicos, el descubrimiento de América por Cristóbal Colón y el invento de la imprenta por Gutenberg. A partir de aquella época, el mundo occidental iba a cambiar de imagen y los poderes intelectuales, políticos y espirituales, hasta entonces centralizados y absolutistas, empezaron a reivindicar su autonomía, al darse cuenta de que Europa occidental ya no estaba en el centro del mundo y que

otras formas de pensamientos filosóficos y religiosos pedían salir a la luz, frente al pensamiento único que tenía el todo poderoso pontificado romano.

Aquel siglo XV (que los Italianos denominaron el «Quattrocento») también estuvo marcado por una intensa actividad artística y literaria a la vez que por el redescubrimiento de las artes y modos de pensamiento antiguos que (reprimidos durante mucho tiempo por la dictadura intelectual que imperó durante la época medieval) procedentes de Italia, se preparaban para invadir Europa, legándonos esos tesoros arquitectónicos y plásticos que conforman nuestro patrimonio común.

Se puede decir que un viento de libertad recorrió Europa y que la disputa religiosa surgió en varios puntos; es cierto que la total hegemonía de la Iglesia romana llevaba un peso cada vez más insoportable, cuanto más la gente redescubría otras formas religiosas gracias a las investigaciones de los historiadores y a su difusión por la imprenta, inventada con este propósito.

Destacamos que la gran figura de esta protesta anti-romana fue Lutero, uno de los hijos de este siglo, nacido en el año 1483. Sin embargo, sería injusto y deshonesto pasar por alto a uno de los precursores de aquella protesta, quien estuvo en el periodo bisagra de los siglos XIV y XV, Jean Hus. Nació en Bohême hacia el año 1371, fue un rector díscolo de la Universidad de Praga donde, desde lo alto de su cátedra, denunciaba los abusos de la jerarquía católica romana y los crímenes de simonía a los que se dedicaba sin escrúpulos. La simonía, como lo sabemos, consiste en comerciar con los objetos y los oficios del culto, llegando a vender las « Indulgencias », es decir, los sitios reservados y privilegiados en el paraíso. Los señores de la época, quienes no siempre tenían unos usos y costumbres irreprochables y eran conscientes de ello, compraban a precio de oro esas « indulgencias », seguros de escapar de este modo a las « llamas del infierno ».

Se puede entender que numerosos letrados de la época estuviesen escandalizados por aquellos procedimientos pero, por temor hacia su libertad y su vida, fingían aceptarlos.

Jean Hus tuvo la valentía de denunciar públicamente el escándalo, lo que le valió la excomunión, la condena suprema que conllevaba la pérdida de sus derechos cívicos y el destierro. A pesar del apoyo del emperador, quien le concedió un salvoconducto, tuvo que comparecer, en 1412, ante el Concilio de Constanza, que lo declaró hereje, mandó encarcelarlo y le condenó a la hoguera.

Sabemos que si es cierto que siempre se puede condenar y ejecutar a un individuo que incomoda, nada puede impedir que sus ideas sigan su camino y encuentren discípulos que las perpetúen.

Así es como un teólogo alemán, monje agustino, retoma la obra iniciada por Jean Hus y la conduce hasta la escisión con Roma. Lutero tenía una visión rigurosa del ejercicio religioso y no soportaba ninguna desviación. Cuando sus superiores le enviaron en misión a Roma en 1510, quedó escandalizado por las costumbres que imperaban alrededor de la Santa Sede y que, a pesar de haber sido denunciadas un siglo atrás por Jean Hus, no hacían más que incrementarse. También había visto cómo el Papa y sus cardenales invertían el dinero de las donaciones de las « indulgencias » en la construcción de palacios, unos más suntuosos que otros y decorados por los artistas más célebres y más caros de la época, mientras la miseria más escandalosa se prodigaba muy cerca de los monumentos. A su regreso a Alemania, fue nombrado doctor en teología, obteniendo una cátedra en Santas Escrituras en la Universidad de Wittenberg, en Sajonia. Fue en la puerta de la iglesia de esta ciudad donde fijará el 31 de octubre de 1517 sus noventa y cinco propuestas anunciando la Reforma.

Nadie ignora que aquel cisma resquebrajó Europa, siguiendo una línea virtual horizontal que separó el norte y el sur, antes de prenderle fuego en los siglos XVI y XVII. Lutero obtuvo el apoyo directo de los principados alemanes que veían en esta « Reforma », llevada contra Roma, un medio de rebajar la influencia de los Hasburgo que reinaban sobre el Imperio austro-húngaro, heredero del Santo Imperio Romano Germano de Carlo Magno sometido a la Iglesia católica de la cual fueron el brazo secular durante un tiempo. No olvidemos que entonces Alemania no existía como tal sino que estaba constituida por un puzzle de principados más o menos extendidos, más o menos ricos y más o menos poblados, que se libraban guerras bajo diversos pretextos.

A Lutero, muy estricto, no le gustaban los « herejes ». Sin embargo, fue bajo su involuntaria protección cuando surgieron de la clandestinidad ciertas corrientes esotéricas de las que el Rosacruzismo constituirá el punto culminante y, de alguna forma, la síntesis.

Es verdad que se conoce menos esta « reforma » filosófica y mística que surgió en Alemania al principio del siglo XVII y se propagará principalmente en Inglaterra y en las Provincias Unidas, actualmente los Países-Bajos. En razón de su carácter místico e iniciático, esta reforma permanecerá mucho más discreta y elitista que la Reforma luterana. Sin embargo, no dejó de desempeñar un eminente papel en la historia del Renacimiento; por eso merece ser conocida, y esto será el objeto de la presente charla.

Situémonos en París, en agosto de 1623. La sombra de Enrique IV<sup>o</sup> se extiende aún sobre la capital francesa. Siendo Luis XIII menor de edad, la Regencia con sus intrigas dirigen los asuntos en Francia, debilitándola. La sombra del terrible Richelieu se perfila ya en el horizonte político y la paz religiosa establecida en 1598 por el Edicto de Nantes a instigación de Enrique IV<sup>o</sup> parece muy frágil.

París se deshace en medio del calor pestilente del verano. Los ricos de la época huyeron hacia los bosques colindantes, dejando la ciudad a los pobres, en aquel contexto, a iletrados analfabetos. Por este motivo, los carteles<sup>1</sup> fijados por los misteriosos Rosacruces pasan casi desapercibidos. Sólo algunos eclesiásticos se despiertan sobresaltados y van a ver aquellos carteles. Su primera reacción fue atribuirlo apresuradamente a una farsa estudiantil o a una provocación de jesuitas contra unos Reformados o unos Reformados contra unos jesuitas. Otros quisieron también ver una publicidad de una vidente, echadora de buenaventura, de las que proliferaban cerca de los puentes del Sena.

Como no sabían qué decir ni qué pensar, fueron a buscar a un joven erudito llamado Gabriel Naudé. El joven de 23 años, historiador y bibliógrafo, seguidor de las teorías gubernamentales de Machiavel y ya muy ambicioso, llegaría a ser bibliotecario sucesivamente de Richelieu y de Mazarin. Dio a entender en ese momento que había oído hablar de una sociedad misteriosa que residía en Alemania y que se denominaba Rosa-Cruz. Nada más se supo en aquel momento.

Los hombres son muy aficionados a los misterios y, al mismo tiempo, les tienen miedo. Durante mucho tiempo se creyó que los esotéricos tenían poderes secretos que hacían de ellos seres superiores capaces de realizar prodigios. Las palabras alquimia, cábala, hermetismo, arrastran un aura que fascina a aquellos que no ven sino leyendas sin buscar explorar la realidad que encierran. Sólo mentes liberadas de las supersticiones y de lo maravilloso pueden acercarse a su sentido profundo, a su verdadero misticismo y a la espiritualidad que transmiten. Lejos de los espejismos fantásticos y caprichosos que no dejan de ser divertidos, tienen su lugar en la gran corriente humanista que irriga la inteligencia occidental desde el Renacimiento. Sin olvidar que el esoterismo encuentra sus fuentes en las corrientes filosóficas helenísticas: socrática, platónica, pitagórica, gnóstica, etc., así es como también en esta corriente el cristianismo johánico, el de los gnósticos, hundió sus raíces antes de ser desfigurado y trivializado concilio tras concilio.

---

<sup>1</sup> Estos carteles fueron fijados durante la noche en las paredes de París, y decían así: *“Nosotros, Diputados del Colegio Principal de los Hermanos de la Rosa-Cruz, permanecemos en forma visible e invisible en esta ciudad por gracia del Altísimo, hacia el cual se inclina el corazón de los Justos. Nosotros mostramos y enseñamos sin libros ni máscara a hablar toda clase de lenguas de los países donde queremos estar, para sacar a los hombres, nuestros semejantes, de errores mortales”*. Unos días más tarde aparecieron otros anuncios con el siguiente escrito: *“Nosotros, Diputados del Colegio Rosa-Cruz, prometemos a todos los que deseen entrar en nuestra Sociedad y Congregación, enseñarles en perfecto conocimiento del Altísimo, de parte del cual haremos hoy asamblea y los volveremos, como nosotros, de visibles en invisibles y de invisibles en visibles, y serán transportados por todos los países extranjeros donde su deseo los lleve. Pero, para llegar al conocimiento de esas maravillas, advertimos al lector que nosotros conoceremos su pensamiento y que, si la voluntad lo lleva a vernos solo por curiosidad, jamás se comunicará con nosotros, pero si la voluntad lo impulsa realmente a inscribirse en los registros de nuestra Confraternidad, nosotros, que juzgamos los pensamientos, le haremos ver la verdad de nuestras promesas así como no colocamos el lugar donde vivimos puesto que los pensamientos, junto con la voluntad real del lector, serán capaces de hacernos conocer a él y él a nosotros”*.

¿De dónde venían aquellos Rosacruces y quiénes eran? En esta charla sólo me interesaré por el Rosacrucismo del siglo XVII, pasando por alto adrede los movimientos que tomaron este nombre más tarde. No los critico, ni los juzgo, pero no formarán parte de mis reflexiones de hoy.

Del mismo modo, me limitaré exclusivamente a los aspectos históricos, guardándome de cualquier consideración de naturaleza mítica. Sin embargo no se me escapa que en este tipo de trabajos, uno deambula constantemente entre la leyenda y la historia y a veces las dos se cruzan y no es siempre fácil distinguirlas.

Una ciudad y un nombre vienen a la mente en cuanto se habla de Rosacruces. Es la ciudad de Tübingen, aldea de Bade-Wurtemberg situada en el sur de Estuttgart, en lo que es ahora la Alemania renana. El nombre es el de Johann-Valentin Andrae, nacido en 1.586 en una familia protestante. Se dice de él que tenía una amplia erudición, muy instruido en teología, en historia, en geografía tanto como en matemáticas. Era hijo de un pastor y sobrino de un teólogo famoso. Toda su juventud se desarrolló en la Reforma que estaba en sus comienzos por entonces. Además, se dice también que dominaba varias lenguas antiguas y modernas.



Convertido en pastor y escritor, capellán de la Corte y consejero consistorio en Estuttgart, firmó unas obras escritas dentro del espíritu « utopista » entonces muy de moda gracias a las publicaciones de los Ingleses Thomas More y Francis Bacon y las del Francés Cyrano Savignan de Bergerac, que el escritor francés Edmond Rostand pondrá en escena, tres siglos más tarde, en una interpretación muy libre.

Se le atribuye a este personaje oficial muy respetable, la fundación de un círculo de investigadores curtidos en materias de misticismo (volveremos a ello) y la redacción de tres manifiestos publicados entre 1.614 y 1.619. Aquellas publicaciones eran, según parece, aptas para servir de testimonio sobre el movimiento rosacruz, en sus orígenes y sus metas. Más tarde, Andrae negaría ser el autor, al menos en lo que se refiere a las dos primeras, sin duda para no llevar a cuevas la sombra sulfurosa capaz de perjudicarle en su carrera pública.

Pero veamos ahora lo que encierran estos tres Manifiestos que, parece ser, armaron un gran ruido en su momento.

El primero, titulado « Fama Fraternitatis », fue publicado en 1.614 en Cassel, en Alemania. Tenía un prefacio seguido por un comentario y luego la biografía de cierto personaje designado sólo por sus iniciales: C.R., finalmente

un mensaje redactado como profesión de fe. Esta publicación fue objeto de numerosos ataques, ya que al año siguiente, en 1.615, se creyó oportuno publicar un segundo manifiesto titulado « Confessio Fraternitatis » que constituía una especie de alegato a favor de lo que se denominó la « Fraternidad ». Observamos, en el segundo manifiesto, una orientación de carácter apocalíptico; observamos también que el personaje designado sólo por sus iniciales C.R. en el primer manifiesto es nombrado aquí con todas las letras: se trata de un tal Christian Rozenkreutz, fundador epónimo del Rosacruzismo y cuya biografía seguramente alegórica será objeto del tercer y último manifiesto, titulado: « Las bodas químicas de Christian Rozenkreutz, *anno (año) 1459* ».

Este tercer manifiesto está exclusivamente dedicado a contarnos en detalle la vida y la iniciación alegórica de este Christian Rozenkreutz. Este personaje, legendario, repitámoslo, habría nacido en Alemania (foco muy dinámico del hermetismo en el Renacimiento), habría viajado por la Cuenca mediterránea (Siria, Norte de África) antes de volver a España. Durante este periplo, se habría encontrado con personajes muy instruidos en las ciencias secretas, unos sufíes, entre otros, y sufrido pruebas físicas y psicológicas capaces de fortalecer a la vez su cuerpo, su psique y su alma.

Este simbolismo del viaje es una constante iniciática muy fuerte; lo encontramos en todas las formas de iniciación desde la más lejana Antigüedad y bajo todas las latitudes. Incluso Baden-Powell, quien no ignoraba nada de todo esto, lo retomó en ciertos ritos de los boys scout. El “scutismo”, por lo menos en su origen, es una institución iniciática y no es casualidad que al boy scout se le llame explorador, dicho de otro modo, el que enseña la Luz, la que las tinieblas no comprendieron, según el prólogo del Evangelio de San Juan.

No se podría negar el carácter del todo alegórico de esta aventura; incluso el nombre del héroe es transparente: Christian Rozenkreutz puede traducirse fácilmente por « Cristiano Rosacruz », lo que se entiende mejor cuando sabemos que el movimiento rosacruz reclamaba para sí el cristianismo más puro e iluminado.

La leyenda de Cristian Rozenkreutz consiste pues en:

- los viajes, cuya carga iniciática está más que probada;

- las enseñanzas recibidas (sufismo, quizás), sabiendo que todos los esotéricos siempre tienen la mirada puesta en Oriente, más particularmente el Oriente Medio, cuna de nuestras civilizaciones y nuestras tradiciones religiosas. Sin embargo, no podríamos afirmar rotundamente que el rosacruzismo sea una adaptación fiel del sufismo transferido a Occidente, aunque las dos corrientes iniciáticas presenten algunos puntos de encuentro;

- las « Bodas químicas », verdadero relato esotérico que nos cuenta en un lenguaje a la vez poético y simbólico la aventura que vive Christian Rozenkreutz cuando alcanzó la venerable edad de 81 años. 81 es el cuadrado de 9, número que, en la tradición gnóstica, está relacionado a la muerte profana y al renacimiento iniciático. Según los detalles ofrecidos por él o los redactores del relato, la aventura de nuestro héroe habría empezado la víspera de Pascuas de 1.459 y se habría desarrollado en siete días (SIETE siendo, siempre según las mismas fuentes tradicionales gnósticas, el número de la Sabiduría). Durante los primeros seis días (referencia a los seis días de la creación), habiendo atravesado vastos bosques y oído muchas sentencias ligadas a la alquimia y a sus prácticas, Christian Rozenkreutz habría llegado, en el séptimo día, a un palacio donde habría recibido la suprema iniciación, la de la « Gran Obra ». Notaremos, no sin curiosidad, que esta iniciación está transmitida por una mujer, igual que siete días antes fue una mujer la que vino a buscarle y enseñarle el camino. Esto no es un hecho desprovisto de importancia. Pero es otro debate. La historia de las corrientes iniciáticas podría traernos una aclaración original sobre el « feminismo ». [Ya que me hacéis el honor de invitarme cada dos años, podría hablar sobre ello en 2008].

Ahora remontémonos al hilo que nos debe conducir a los Rosacruces.

La tradición esotérica occidental reconoce como grandes ancestros de referencia, por una parte, al filósofo griego Platón quien acariciaba ya la utopía de una sociedad ideal en la que reinaría la justicia y la fraternidad, y por otra parte a Pitágoras, quien veía en la disposición de los números la fuente de los grandes secretos de la naturaleza y de la vida, tanto en este mundo como en los demás.

Bajo el nombre genérico de « gnosis cristiana », se entiende el conjunto de las escuelas de investigación que, primero en Alejandría, capital cultural del helenismo desde su fundación por Alejandro Magno en 331 antes de Jesús Cristo, luego en todo el imperio romano, se libraron, en los primeros tiempos del cristianismo, a un estudio crítico de las doctrinas religiosas judeo-cristianas llevadas a la luz de las enseñanzas de Platón. En su interpretación particular del Génesis, veían a Dios, el Eterno, como el « Fuego Fijo » alrededor del cual gravitaban los espíritus puros (ángeles, arcángeles, querubines, serafines, etc.), « Fuego Fijo » que el ángel rebelde Lucifer *movilizó y se llevó*. Fue a partir de este « Fuego móvil » que fueron generados los « Eones », partículas luminosas creadoras del universo y de todo lo que contiene. En torno al siglo XII, la cábala judeo-islámica recurrirá ampliamente a los gnósticos para la elaboración de su explicación de la creación del mundo y de los « principios » que participaron en ello. En los años 50, unos investigadores estadounidenses de la Universidad de Princeton (llamados a veces neo-gnósticos) quisieron asimilar estos « Eones » a los fotones, estas partículas ondulatorias de luz puestas en evidencia por unos físicos a partir del siglo XIX.

Hacia el final de la Edad Media, diversos grupos eclosionaron simultáneamente alrededor de la cuenca mediterránea y sobre las riberas del Rin así como del Danubio, uniéndose al movimiento hermetista que saca su nombre de Hermes Trismegisto (equivalente del dios egipcio Thot y que no hay que confundir con el dios griego Hermes equivalente del dios romano Mercurio). « Trismegisto » significa literalmente « Tres veces Mago », es decir « Tres veces Maestro », ya que sabemos que Mago y Maestro tienen la misma etimología. Se le atribuye a Hermes Trismegisto la famosa sentencia tan querida por los esotéricos: « *lo que es arriba es como lo que es abajo y lo que es abajo es como lo que es arriba para cumplir el milagro de la unidad* ». Esta fórmula está considerada por el conjunto de los esotéricos como la base de la ley de analogía, la cual requiere, con razón, que el macrocosmos, es decir lo infinitamente grande o el universo, sea de la misma naturaleza que el microcosmos, es decir, lo infinitamente pequeño o el átomo. La ciencia nos ha demostrado ahora lo bien fundado de esta afirmación *a priori* empírica. Sabemos que las gravitaciones galácticas (dominio de lo infinitamente grande) responden a las mismas leyes que las gravitaciones atómicas (dominio de lo infinitamente pequeño).

Por su parte, la alquimia, que tanto ha excitado la curiosidad y lo sigue haciendo para numerosos contemporáneos, no se podría limitar a una simple escuela de manipulación de metales, la cual debe desembocar idealmente, después de una serie de operaciones estrictas y rigurosamente codificadas, en la transmutación del plomo en oro y en la fabricación del elixir de la inmortalidad al mismo tiempo. Si no se puede descartar la validez de esta práctica, sin embargo hay que retener de ella una lección de espiritualidad. La alquimia, en su dimensión espiritual, tiene por finalidad conducir al hombre ordinario, bruto y preso de sus instintos, al hombre regenerado, lleno de Sabiduría.

Todos estos movimientos y muchos más aún, tenían un punto común, pese a la diversidad de sus doctrinas y de sus métodos: el rechazo de las presiones confesionales. En cambio, sus discípulos vivieron la excomunión y, a menudo, el encarcelamiento, la tortura y la hoguera.

A principios del siglo XVII, estas diferentes corrientes de pensamiento esotérico convergieron hacia el rosacrucismo sin llegar a fundirse en él ni perder sus propias especificidades.



En este pequeño mundo del rosacrucismo podemos encontrar a algunos personajes curiosos e interesantes. Vamos al encuentro de dos de los más famosos precursores.

Theophrastus Bombastus von Hohenheim, nació en 1.493 y murió en 1.541.

Se le conoce mejor bajo el nombre de Paracelso. Gran erudito, dicen de él que había dado la vuelta a todos los conocimientos divinos, humanos y universales. Verdadero discípulo de la « Verdadera Sabiduría » de los gnósticos, puso al servicio de la filosofía su mente singularmente sintética. Su pensamiento cosmogónico proclamaba « la Unidad en Todo » : el mundo es UNO en su esencia, el mundo inferior está ligado al mundo superior, la materia y el espíritu no son sino dos grados de una misma entidad. Convencido de que la enfermedad no es una fatalidad sino un desequilibrio de la fuerza vital, aconsejaba una medicina fundada en la alquimia y la espagiria. Aunque dominara perfectamente el latín, como todos los doctos de su época, enseñaba en alemán (su lengua materna), lo cual representaba una grave herejía que le ocasionó grandes problemas con sus cofrades. Enseñando deliberadamente en su lengua, quería que el mayor número de personas pudieran seguir sus clases aunque no entendieran latín.

Jacob Boehme nació en 1.575 en Görlitz, en Alta-Silesia (región cercana a Checoslovaquia, famosa por ser la más fría e inhóspita de la Europa del este). Fue en esta misma ciudad donde murió en 1.624. Hijo de campesinos, la precariedad de su estado de salud le alejó de los trabajos agrícolas y aprendió el oficio de zapatero después de recibir una somera instrucción. La modestia de su condición social no le impidió seguir instruyéndose (como autodidacta) y adquirir, lejos de las universidades, un bagaje importante de conocimientos. Místico inspirado, dejó varias obras importantes. En el centro de su pensamiento se sitúa el tema de la « libertad original », especie de « nada dinámica » que ni es « el Acto puro » de los filósofos, ni el Dios Todo-Poderoso de los teólogos, sino que expresa una fuerza indeterminada que contiene el fuego y la luz. Emite la hipótesis de un « sin fondo » de donde surgirían las fuerzas inseparables de lo positivo y de lo negativo en acción en todos los mundos y en todos los reinos: divino, angélico, animal, vegetal, mineral y por supuesto, humano. En la filigrana de su pensamiento, se perfila el eterno axioma « Todo está en Todo », bien conocido por los adeptos del esoterismo. Algunos de sus contemporáneos pretendieron que Boehme habría tenido « visiones » capaces de dictarle sus análisis. No sé qué pensar de ello pero es cierto que, en aquellos tiempos, uno se inclinaba por calificar de « visionarios » a todos aquellos cuyas investigaciones se apartaban de los ámbitos rígidos y oficiales del « pensamiento único » de la Universidad. Su influencia estará sin embargo muy presente, principalmente en dos filósofos alemanes de principios del siglo XIX, Hegel y Schelling, así como en el movimiento iluminista de finales del XVIII cuya figura más destacada será Louis-Claude de Saint-Martin.

De alguna forma, los rosacruces han procurado llevar a cabo una síntesis de las enseñanzas espiritualistas directa o indirectamente procedentes de la corriente neo-platónica de los gnósticos de principios de nuestra era. Por lo tanto, la reforma rosacruz consistió en drenar y canalizar las diferentes corrientes filosóficas y espiritualistas, en ordenarlas, en purgarlas de las inevitables desviaciones y protuberancias accesorias, en filtrar los modos de

pensamiento con la finalidad de purificarlos, de crear un orden nuevo en el campo de la filosofía espiritualista, lo cual será en parte realizado, pero sólo en parte. Si la Reforma luterana fue esencialmente teológica y política, la reforma rosacruz fue, *en cambio*, teosófica y mística. Hay una diferencia notoria entre la « teología » y la « teosofía » : la primera trata de los saberes religiosos (los del *ministerio*), la segunda, de los conocimientos espirituales (los del *magisterio*).

¡Veamos ahora lo que significa realmente esta denominación de Rosacruz!

Su iconografía más extendida se representa por una cruz cuyas dos ramas son iguales y se cruzan en medio. En el centro de la cruz, es decir, en el punto de intersección de las dos ramas, se encuentra una rosa abierta. La cruz es un símbolo muy antiguo, quizás el más antiguo conocido. Sus múltiples variantes no resultan sino de la colocación de las dos ramas.

La cruz simboliza los cuatro horizontes y está ligada al número « 4 », número de la materia creada y al cuadrado, estático por naturaleza. En otro orden de ideas, se puede concebir que la rama horizontal de la cruz se refiere a la transmisión humana, es decir la filosófica y especulativa, mientras que la rama vertical está en relación con la transmisión divina, es decir iluminativa e intuitiva.

La rosa es una flor de cinco pétalos cuya existencia es efímera. Abriéndose al amanecer, cuando el sol regresa desde Oriente, simboliza el conocimiento y está relacionada con el número « 5 », número del espíritu volátil y la estrella de cinco puntas, dinámica por naturaleza. Los rosetones que encontramos en numerosos edificios sagrados son desarrollos artísticos de la rosa simbólica. También sabemos que en heráldica, arte del blasón, se le llama a la rosa « *quintefeuille* » [quinta hoja].

Si sumamos los dos números « 4 » y « 5 », tenemos « 9 », número del renacimiento iniciático o, si se prefiere, del paso de la vida puramente material a la vida espiritual, o más aún, de la sustancia a la esencia, de las tinieblas a la Luz. Como el rosacruzismo inicial se había dado por misión despertar la consciencia espiritual de sus adeptos, se entiende mejor que sus iniciadores hayan elegido estos dos símbolos (la cruz y la rosa) los cuales por su unión, invitan a « dar el paso » hacia la espiritualidad. Hay que señalar, de paso, que la tradición drúidica de los Celtas llega a las mismas conclusiones en lo que concierne a este número « 9 » que, para ella, simboliza « *la plenitud del conocimiento en el seno de Dios* » y se refiere al « *mundo de la Luz hacia el cual tendemos* ». Si nos situamos en un plano simbólico, podemos decir que el « 4 », en razón de su carácter estático, evoca « *lo que retiene, lo que encierra, lo que guarda celosamente* » mientras que el número « 5 », en razón de su carácter dinámico, evoca « *lo que difunde, lo que libera, lo que distribuye generosamente* ». Por el « 4 », recibimos los influjos divinos, por el « 5 » los transmitimos. Por fin,

para terminar con este resumen sucinto del simbolismo de la Rosacruz, y basándonos en el simbolismo del fuego, podríamos asimilar el número « 4 », la cruz y el cuadrado al fuego que incubaba lentamente, es decir « la brasa », y al número « 5 », la rosa y el pentagrama al fuego que salta bruscamente, o sea a la « chispa ».

Podemos recordar que el símbolo de la rosa y la cruz figuraba ya en las armas de Lutero, lo que permitió a algunos autores pensar que el rosacrucismo no habría sido sino una filial de la Reforma, incluso un invento de los Reformadores. Esta interpretación reductora nunca me pareció satisfactoria.

Los rosacruces del círculo de Tübingen habían elaborado una doctrina para sus discípulos.

Pero, en primer lugar hay que insistir en la distinción que existe entre Rosacruz y rosacruciano. Si alguien les dice: « soy un Rosacruz », o bien es un charlatán o bien un individuo que no ha entendido nada del asunto. Porque no se es Rosacruz por el mero hecho de que uno se interese por este gran movimiento filosófico del Renacimiento o porque uno pertenezca a tal o cual organización que se reclama como tal. Uno es Rosacruz como se es « dvijas » en India, es decir « dos veces nacido », o sea que uno ha recibido un sello de naturaleza extra-humana y del que puede no tener conciencia. Un adepto del rosacrucismo, de su pensamiento y de sus enseñanzas, es sencillamente un rosacruciano, igual que un adepto del pensamiento y de las enseñanzas del cristianismo es sencillamente un « cristiano » y no un « Cristo ».

La enseñanza rosacruciana permanece desnuda y en ningún modo es dogmática. Consiste más bien en un modo de vida, en un comportamiento, no en una dialéctica. Quiere ser una ayuda hacia el conocimiento universal, un soporte para el desarrollo de las facultades espirituales latentes en cada uno de nosotros, una reanimación de la pequeña lámpara del alma que brilla en « nuestro jardín secreto » y espera la chispa que hará saltar la Luz.

Los Rosacruces tenían seis obligaciones. Aunque la libertad de conciencia y de pensamiento fue uno de los pilares del rosacrucismo en sus principios, sus pioneros determinaron, de común acuerdo, en un ímpetu de autodisciplina, seis obligaciones ligadas a la vez a su deseo de mostrarse buenos cristianos (se reivindicaban como tal y querían ser defensores celosos del cristianismo más puro) y al mismo tiempo, desmarcarse de unos usos y unas prácticas ordinarios predicados por la Iglesia de Roma.

Las seis obligaciones eran las siguientes:

1ª obligación - Hacer un único voto de curar y sanar gratuitamente. Hay que recordar que la práctica de la medicina no era objeto de ninguna carrera particular como lo es hoy en día sino que era privativo de aquellos que lo

querían, con tal de que hubiesen adquirido unos conocimientos en alquimia y ciencia hermética. Hay que recordar que la fitoterapia primaba en la medicina del Renacimiento. Aún no se pensaba en denunciar a nadie por el ejercicio ilegal de la medicina.

2ª obligación - no llevar ninguna vestimenta particular, es decir, no enseñar ningún signo distintivo externo que les habría identificado en la vida diaria. Los primeros rosacrucianos querían permanecer en el anonimato, no sólo por temor a las persecuciones aún posibles en una sociedad que se desgarraba en torno a las opciones religiosas, sino sobre todo por el deseo de poder « infiltrar » todos los medios con el fin de encontrar a nuevos adeptos. El proselitismo no estaba ausente de sus proyectos.

3ª obligación - reunirse, cada año, en el « Día C », en el Templo del Espíritu Santo, o dar a conocer la razón de la ausencia. Si, en efecto, los rosacrucianos tenían por misión dispersarse para acercarse a sus semejantes con el fin de ayudarles material y espiritualmente y curarles, parece natural que pudieran volver a encontrarse al menos una vez al año. Hemos sabido luego que aquel famoso « Día C » no es otro que el Jueves Santo, dado que, no lo perdamos de vista, los rosacrucianos se declaraban cristianos y por este motivo conmemoraban las fechas litúrgicas del cristianismo. La tradición requería que en este día se comiera el cordero en el encuentro obligatorio, salvo caso de fuerza mayor, debidamente justificada. Era sin duda, más allá del hecho religioso, una especie de asamblea general anual en la que los miembros intercambiaban sus informaciones y presentaban sus propuestas.

4ª obligación - elegir a un discípulo. No se trataba en absoluto en este caso de multiplicar los efectivos puesto que no estaban obsesionados por el número de miembros, sino de asegurar la continuidad de la obra, asegurándose que después de la muerte de cada uno de los miembros alguien de confianza y entregado a las exigencias del camino espiritual podría continuarla.

5ª obligación - mantener en secreto la palabra R+C que era el sello. Por supuesto la palabra R+C es la abreviatura del nombre de Rosacruz. Detrás de esta palabra se ocultaba en realidad un secreto que es el de la vida y mensaje del fundador epónimo de la sociedad rosacruciana, Cristian Rozenkreutz, al que nos hemos referido hace unos minutos.

6ª obligación - permanecer oculto durante ciento veinte años. Según una regla tácita, el rosacrucismo no debía aparecer sino por ciclos de 120 años alternando con ciclos de la misma duración durante los cuales no debía manifestarse bajo ninguna forma.

Además, se ha disertado mucho sobre las otras dos cualidades prometidas a los adeptos del rosacrucismo. Consisten en adquirir el « don de

lenguas » y la posibilidad de « hacerse invisible » a los demás hombres. ¿Qué hay que pensar de esto? ¿Habrá que caer en los fantasmas del ocultismo menor? ¿O, al contrario, escaparse de la « letra » para buscar sólo el « espíritu »?

No creo que en lo que se refiere al « don de lenguas » se haya podido prometer a los adeptos la poco frecuente facultad de conocer y dominar todos los idiomas hablados en el mundo. Sería un reto, porque ningún cerebro humano, por muy dotado que fuera, podría conseguir esta proeza. Más bien creo que se trata de adquirir esta facultad reservada a seres enviados y que consiste en poder conversar sin dificultades tanto con los grandes de este mundo, los cultos y poderosos, como con la gente humilde y poco versada en la retórica.

En cuanto a la facultad de « hacerse invisible », se relaciona verosímelmente con el afán ya evocado en la prohibición de llevar vestimenta particular. Hacerse invisible, es permanecer en el anonimato. Y sobre todo, no sacar ninguna vanidad de su estado. Es en este contexto que las expresiones de « *Philosophe Inconnu* - Filósofo Desconocido », de « *Supérieur Inconnu* - Superior Incógnito » o de « *Serviteur Inconnu* - Servidor Desconocido » adquieren todo su valor, su sentido verdadero y su fuerza real. El « *Inconnu* - Desconocido » no es un eremita, un solitario, alguien que huye de sus deberes cívicos y sociales; es el que proporciona ayuda moral y espiritual a los demás sin desvelarse y sobre todo sin sacar ninguna gloria o provecho de sus acciones.

Después de los dos ilustres precursores con los que nos hemos cruzado, Paracelso y Jacob Boehme, después de los actores del rosacrucismo, el legendario Christian Rozenkreutz y el histórico Jehann-Valentin Andrae, debemos ir al encuentro de los sucesores más famosos, presentar a unos adeptos de primera fila.

En Alemania, nos encontramos con Michel Maier (nació en 1.568 y murió en 1.622) quien reunía los títulos de médico personal del emperador Rodolfo II<sup>o</sup> y de alquimista. No se conoce con claridad el alcance de sus relaciones con el Círculo de Tübingen pero se sabe que fue en todos los casos un feroz defensor de la Rosacruz. Se piensa que habría participado igualmente de forma activa en la exportación del rosacrucismo hacia Inglaterra. Volveremos a ello. Además, quizás fuera en un exceso de entusiasmo hacia los rosacruces o por un efecto de inflación literaria que quiso en una de sus obras titulada « *Silentium post clamores* » relacionar los rosacruces con un montón de prestigiosos ancestros, tal como los colegios de brahmanes hindúes, los Eulmopides de Eleúsis, los Misterios de Samothrace y algunos otros, los que, en realidad, no tienen ninguna relación, ni histórica ni legendaria, con el rosacrucismo tal como fue divulgado a principios del siglo XVII.

En Francia, quizás inesperado en este contexto, encontramos al filósofo René Descartes. Los franceses tienen la costumbre de evocar a Descartes

siempre, hablando a diestro y siniestro de « cartesianismo » como si esta palabra fuera sinónima de racionalismo y de positivismo. Uno no llegará a desconfiar lo suficiente de los sinónimos. En realidad, Descartes era un hombre curioso de todo y abierto a todas las formas de pensamiento, incluidas las que están relacionadas con la espiritualidad. Vivió en una época que presencié el divorcio de la espiritualidad y la religión, las cuales, hasta entonces, estaban estrechamente ligadas. La rebelión filosófica que nació en el siglo XVII en Francia justamente con Descartes y que vivió su apogeo en el siglo XVIII con Voltaire, entre otros, no estaba dirigida contra Dios (no era ni atea ni agnóstica) sino dirigida sólo contra el poder exorbitante de la Iglesia Romana y de sus representantes. Para estos filósofos, se trataba de liberar las conciencias del pensamiento único impuesto por un clero que también quería regir los asuntos del estado.

Descartes nació en 1.596, e igual que su coetáneo Blaise Pascal, fue a la vez investigador científico y filósofo. Descubrió varias leyes matemáticas y físicas, la de la refracción de la luz, entre otras, y llevó paralelamente investigaciones metafísicas. Gran viajero, recorrió Europa e intentó encontrarse con los Rosacruces. No hay nada que pruebe que se encontró realmente con ellos ni que se hubiese convertido en uno de sus discípulos. Su búsqueda iniciática duró nueve años, después de los cuales vivió en Holanda antes de establecerse en Suecia donde murió en 1.650.

En los Países Bajos, nos encontramos con otro filósofo interesado por el rosacrucismo. Se trata del célebre Espinoza. Nació en 1.632 en Amsterdam, de confesión judía, fue, a la edad de veinticuatro años, excluido de esta comunidad y se refugió en un grupo de obediencia protestante. En aquella época, no se imaginaba a nadie vivir sin pertenecer a un grupo religioso; todavía no había sitio para los « libre-pensadores ». De su rica filosofía, destacaremos dos puntos importantes que parecen estar en perfecta armonía con el rosacrucismo.

Primero, Espinoza veía a Dios no como un arquetipo distinto de la creación, sino como el principio medio y mediador de los dos aspectos en apariencia opuestos de la vida: esencia y substancia, y afirmaba que Dios y la naturaleza no son sino una misma cosa y que la única distinción se establecía entre la « naturaleza naturante » (principio o agente activo) y la « naturaleza naturada » (agente pasivo).

Luego, en otro orden de ideas, pero siempre de acuerdo con el rosacrucismo, Espinoza, en una primera obra publicada en 1.670, quiso demostrar que el ser espiritual no debía desmarcarse de sus preocupaciones ciudadanas, que no se debía trazar una frontera entre la vida religiosa y la vida civil, que los « iniciados » tenían el deber de participar en la vida de la ciudad en sus diversas expresiones. Recordemos lo que dijimos antes a propósito de las obligaciones de los Rosacruces: hacerse invisible, es decir anónimos, en la ciudad, para compartir el día a día en la vida de sus conciudadanos.

Les invito ahora a ir al encuentro de un ser extraordinario. De todos, es mi preferido. Nació en marzo de 1.592 en Moravia, un tal Jean-Amnos Komensky quien latinizó su nombre como Comenius, porque debía ser en la época el « gran chic » a no ser que fuera el paso obligatorio para acceder a las funciones universitarias. Discípulo de Jean Hus, cuya memoria defendió, libertario por naturaleza, espíritu independiente y por lo tanto poco proclive a seguir una dogmática confesional, se convirtió en un adepto del rosacruzismo que había descubierto visitando el Círculo de Tübingen y entablando amistad con Andrae.

Comenius, de quien los Moravos en particular y los Checos en general han conservado la memoria, era un erudito, una paradoja cuando se tiene en cuenta que no recibió ninguna instrucción hasta los dieciséis años. Supo recuperar el tiempo perdido dado que, unos años más tarde, se graduó en teología, siendo pastor y maestro de escuela. La Guerra de los Treinta Años, que tuvo lugar de 1.618 a 1.648, le arrebató a su mujer, a sus hijos y sus bienes. Se refugió en Polonia. Aquel al que el historiador francés Jules Michelet llamará el « Galileo de la educación » emprendió la tarea de poner las primeras piedras de una pedagogía nueva basada en una enseñanza más natural que escolástica. Potenciar más la reflexión y la comprensión de la memoria, permitir a los niños descubrir por ellos mismos los tesoros del conocimiento, fomentar la práctica de los juegos colectivos, regular la enseñanza según las capacidades progresivas de cada alumno, tales son los grandes rasgos de la pedagogía comeniana. Comenius decía que « la educación no está limitada al marco escolar o familiar, también es asunto de toda la sociedad ». Sin embargo, en este campo de la educación, fue aún más lejos, ya que reclamaba la instrucción para todos, más allá de cualquier consideración de nacimiento y de sexo. Declaraba que toda la juventud de ambos sexos debe ir a las escuelas públicas y que no hay ninguna razón válida para privar a las chicas del estudio de las ciencias, ya que están dotadas de igual inteligencia y tanto para ellas como para los chicos, les están abiertas las vías de los más altos destinos. Recordemos que estamos al principio del siglo XVII y que hizo falta esperar aún mucho tiempo para que estos principios de educación fuesen aceptados por la sociedad en su conjunto.

Adepto del rosacruzismo, Comenius lo demostró también en su filosofía que se articulaba alrededor de un eje que conviene llamar la « Pansofía » y cuyo principio fundamental reside en la afirmación de que todos los conocimientos humanos, todas las ciencias al igual que todas las tradiciones, proceden de una verdad única primordial y que todas las enseñanzas, todas las culturas y todas las investigaciones deben converger en su finalidad en un solo punto trascendental. El hombre está dotado de dos luces que son la gracia divina y la razón natural y ambas contribuyen a iluminar su inteligencia; por ello, debe de esforzarse, a lo largo de su existencia, en descubrir la unidad esencial que subyace y anima todo lo que le es dado observar y comprender.

Comenius, particularmente atrayente, es a quien considero, por mi parte, no sólo el mejor representante del rosacrucismo del siglo XVII sino también uno de los más grandes filósofos del Renacimiento. Su influencia fue grande sobre filósofos como Leibniz y Malbranche y sobre los enciclopedistas franceses del siglo XVIII. Hizo salir el pensamiento rosacruciano de los círculos cerrados en los que había eclosionado primitivamente para hacerlo irradiar y darle una dimensión universal. En 1.958, la Unesco le rindió un homenaje público patrocinando la publicación de sus obras completas.

Comenius fue un espiritualista, en el sentido más amplio de la palabra, porque participó activamente en la vida de la ciudad y nunca nos cansaremos en decirlo, un verdadero iniciado, sea cual sea su escuela, debe actuar en la vida pública con el fin de aportar el alma que tanto necesita.

Vimos que el rosacrucismo había nacido en Alemania en el contexto enturbiado por las querellas religiosas que iban a ensangrentar Europa una vez más. Francia vivía todavía bajo la monarquía absolutista y las corrientes esotéricas y gnósticas no tenían sitio allí. En cambio, Inglaterra, ya mucho más liberal en materia religiosa y liberada de la tutela romana desde Enrique VIII<sup>o</sup> en el siglo XVI, acogió el rosacrucismo que se convirtió incluso en su portanorcha. El primero que se apasionó por este movimiento fue Robert Fludd, nacido en Milgate, en Kent, en 1.574. De buena cuna, hijo de un tesorero de la reina Elisabeth 1<sup>a</sup>, se había beneficiado de una educación avanzada que le llevó a obtener el doctorado en medicina. Luego, como todos los jóvenes de su rango, recorrió Europa antes de volver a Londres para abrir una consulta médica. No se sabe con precisión y en qué circunstancias se encontró con unos rosacrucianos: posiblemente en Alemania, durante sus viajes (su regreso es anterior a la publicación del primer Manifiesto en 1.614), o bien en casa, cuando Michel Maier, como ya dijimos, viajó a Inglaterra. Lo cierto es que, nada más instalarse en Londres, se esforzó en preparar nueve grandes volúmenes cuyo conjunto constituye una verdadera enciclopedia científica, astrológica, alquímica, cabalística y mágica casi única en su género.

Pronto adquirió fama internacional, por lo amplio y ecléctico de la extensión de sus conocimientos científicos y filosóficos. Apoyándose en ambos, explicaba la creación del mundo como el producto de un rayo de la luz activa de Dios, lanzado en el vacío y disminuyendo gradualmente a medida que se va alejando de su fuente. Como ya he intentado demostrar aquí mismo hace dos años, el « Arqueómetro » de Saint-Yves d'Alveydre ilustra esta visión, por el juego de colores que son vivos en el centro y tamizados en la periferia del planisferio arqueométrico. Alrededor de este radio, las tinieblas se agregan bajo la forma de materia. El mundo se divide en tres grandes regiones: el mundo empíreo, es decir el cielo, donde la luz excede a las tinieblas, el mundo etéreo donde la luz y las tinieblas se equilibran bajo la forma de una substancia llamada « éter », el mundo elemental donde las tinieblas predominan sobre la

luz, produciendo de esta forma los cuatro estados tradicionales de la materia: ígneo, gaseoso, líquido y sólido.

Este tipo de investigación es sintomática del espíritu rosacruciano que combina un examen práctico de la naturaleza con una vista espiritual del universo concebido como una jerarquía inteligible de seres y que quiere sacar su sabiduría de todas las fuentes posibles.

Contemporáneo de Fludd, aunque mayor que él trece años, Francis Bacon había adquirido la celebridad llevando a cabo tres carreras: jurídica, política y literaria. Hijo natural de la reina Élisabeth 1ª, quien le mandó criar por uno de sus consejeros y su esposa, los cuales le dieron su nombre, recibió una sólida formación de letrado antes de entrar en la carrera política que le proporcionó satisfacciones alternando con fracasos. Fue elegido en la Cámara de los Comunes, y encontró a un protector en la persona influyente del conde de Essex que se beneficiaba de los favores de Su Majestad, hasta que un embrollo político le hizo caer en desgracia. Bacon tuvo la habilidad de desmarcarse de él y salvar así su carrera. Essex fue decapitado en 1.601 y, dos años más tarde, la reina Élisabeth desapareció a su vez, aparentemente de muerte natural. Como político hábil, Bacon se convirtió en el favorito del nuevo rey, el Escocés Jacques IIº quien, al ocupar el trono de Inglaterra se convirtió en Jacques Iº. En 1.618, Bacon es ascendido a Gran Canciller del Reino. Tres años más tarde, el viento cambia de rumbo y se le acusa de malversación y corrupción, lo cual pone fin definitivamente a su carrera política.

Se puede imaginar que nunca fue desbordado por sus tareas oficiales ya que, paralelamente a su vida pública, había cursado estudios filosóficos y científicos. Ya en 1.620, un año antes de su desgracia definitiva, había publicado el « Novum Organum », verdadero alegato a favor del método experimental e inductivo que, en aquellos tiempos, era todavía fuertemente controvertido por razón de la presión religiosa. Quería que se rechazaran los prejuicios y las ideologías que frenaban el progreso científico.

En 1.624, Bacon publica su segunda gran obra: la « Nova Atlantis » o « La Nueva Atlántida » que es una utopía escrita bajo forma alegórica y que lleva al lector a una isla imaginaria llamada « Bensalem », en la cual se desarrolla una sociedad ideal concebida según la forma de una sociedad iniciática. Todos aquellos que manifestaban aptitud recibían unas enseñanzas sucesivas y graduadas que les conducían progresivamente de los primeros secretos de la naturaleza hasta los grandes misterios cosmogónicos. Como en Robert Fludd, pero con modos de expresiones diferentes, encontramos en Bacon esta búsqueda de una alianza sintética entre la ciencia y la religión que está en el corazón de la dinámica rosacruciana después de haber sido anteriormente el sustrato del pensamiento gnóstico.

He intentado esbozar los retratos de algunos personajes importantes del movimiento rosacruciano a principios del siglo XVII. Se habrá notado que no eran unos mansos soñadores retirados lejos de los ruidos de la ciudad y de los asuntos de su tiempo. Más bien al contrario, ocupaban su sitio en la sociedad, ya fuesen pastores o profesores, e incluso a veces tenían altas funciones. En ningún momento de su historia el rosacrucismo auténtico pidió a sus adeptos que se desinteresaran por los problemas sociales y políticos.

¿El movimiento rosacruciano de principios del siglo XVII ha sobrevivido a sus pioneros y primeros adeptos? ¿Se propagó en su forma inicial más allá de la desaparición de las figuras emblemáticas que acabamos de ver? ¿Y cual ha podido ser su influencia más allá de esta época?

No se puede negar la influencia que el rosacrucismo ejerció sobre el romanticismo alemán: Novalis, Goethe, y tantos otros que forjaron el alma alemana al son de las músicas wagnerianas hasta que el fanatismo se apoderara de esta para llevarla a la barbarie del siglo XX. No olvidemos tampoco notar de paso la influencia rosacruciana en la formación de las ideas socialistas que se enraizaron en la Alemania del siglo XIX con la filosofía marxista, sabiendo que esta filosofía relacionada con el romanticismo no es responsable de las desviaciones que conocimos más tarde.

La influencia rosacruciana se ejerció de otra forma en Inglaterra. Una «Fraternidad de la R.C.» nació en Londres y, según varias fuentes que coinciden, la asociación estaría en el origen de la «Royal Society», club muy cerrado como sólo lo saben hacer los Ingleses. En este punto de la ponencia, es imposible no hablar de la franc-masonería, cuyos orígenes son británicos, según sabemos.

En verdad, la franc-masonería histórica (debemos hacer abstracción de los numerosos mitos fundadores que rodean su nacimiento) nació en Escocia y en Irlanda. Es en Irlanda, una especie de colonia inglesa cuyos ciudadanos eran menospreciados por los Ingleses, donde un hombre destacado por la amplitud de sus conocimientos y la profundidad de su espíritu, un tal Elias Ashmole, fue, según sus propios términos, «creado franc-masón». Había sentido germinar en él una idea: depositar el pensamiento rosacruciano en la franc-masonería con el fin de que se mantuviera y se propagara a través de los símbolos prestados a los constructores.

Sin embargo, fue sólo a partir de 1.707 (año que, por el Acta de Unión, puso un final ilusorio a la guerra multisecular que libraban Ingleses y Escoceses) cuando unos pastores londinenses se interesaron por la franc-masonería y, en 1.717, nació la Gran Logia Unida de Londres. No seamos ni ingenuos ni idealistas. Aquella franc-masonería no tenía aspiración iniciática, ni mucho menos mística. Era un «club» como los demás, cuyos miembros estaban más preocupados por los ágapes generosamente copiosos que por la filosofía.

Sin embargo, a espaldas de sus fundadores pero haciendo eco al deseo de Ashmole, la franc-masonería se convertirá en una Orden iniciática al cruzar la mancha, Orden que se relaciona con la herencia rosacruciana en numerosos puntos.

En Francia, la franc-masonería del siglo XVIII fue antes que nada un asunto de aristócratas sin un gran ideal filosófico, aunque gente como Diderot o d'Alembert, los fundadores de la Enciclopedia, fuesen miembros. Pero, he aquí que a partir de los años 1.760, una corriente de obediencia gnóstica y mística aparece y, gracias a Martinez de Pasqually, Louis-Claude de Saint-Martin y Jean-Baptiste Willermoz, va a recuperar el brillo y el esplendor del blasón de la franc-masonería, instalándola por fin en su verdadera morada, la de la espiritualidad. Restaurando en la Orden de los franc-masones los dos valores espiritual y humanista, el movimiento iluminista de finales del siglo XVIII cumple con el deseo de los Rosacruces que no querían separar la espiritualidad de la ciudadanía.

Louis-Claude de Saint-Martin, gentilhombre nacido en Amboise al borde del Loira en 1.743, murió cerca de París en 1.803. Fue primero discípulo y secretario de Martinez de Pasqually y de sus prácticas teúrgicas. Más tarde, se encontró con el pensamiento místico de Jacob Boehme por intermedio de un tal Rodolphe Saltzman que residía en Estrasburgo. Este encuentro fue para él decisivo y, después de traducir por primera vez al francés algunas obras de Boehme, se convirtió en su discípulo más fiel, como lo testimonian sus escritos. Colocó en el centro de la vía iniciática la « vía cardíaca ». Cuando hablamos de « vía cardíaca », hay que saber que no se trata de una vía carismática, aunque la beneficencia forma parte de toda búsqueda espiritual. La « vía cardíaca » nos invita a buscar a Dios en nosotros mismos y no en no se sabe qué regiones hipotéticas. El Dios de los Rosacruces es el dios de las emociones y de las pasiones cuya sede se encuentra justamente en el pecho, lo cual los anatomistas llaman el « sitio cardio-pulmonar ». Sin la cultura de nuestras emociones y sin pasión, no seríamos sino unos « robots », ya que sabemos que nuestro intelecto no es nada más que un « banco de datos » y que la inteligencia cerebral, dominio del saber, es decir del almacenamiento de información, no es sino una fruta seca si no está equilibrada por « la inteligencia del corazón », dominio del conocimiento, es decir de la intuición y del amor. Como hemos dicho hace unos instantes, el saber es del dominio de la teología y el conocimiento de la teosofía.

La espiritualidad auténtica no necesita grandes discursos ni ruidosas manifestaciones; solo necesita calma y discreción porque Dios no se encuentra sino en el « silencio interior », lejos de los fastos ruidosos de las grandes ceremonias. El iniciado no busca brillar sino irradiar: tiene el deseo de la Verdadera Luz de la que hablaba justamente Louis-Claude de Saint-Martin.

Un siglo más tarde, este pensamiento saint-martiniano lleva a Papus a fundar el martinismo que, como la franc-masonería tradicional, se inspira ampliamente de los temas rosacrucianos.

Se puede afirmar que actualmente, la franc-masonería tradicional y el martinismo son los dos conservadores del pensamiento de los Rosacruces del Renacimiento y que les compete hacerlo vivir y perpetuarlo porque es atemporal y puede hacer un gran bien a la humanidad, la cual parece desorientada en este siglo XXI, en el sentido propio de este verbo que significa: aquél que está desorientado está privado de luz, ya que es en oriente donde sale cada día en el momento en que se abren las rosas.

La rosa sobre la cruz, símbolo de la luz iluminando y sublimando la materia, he aquí quizás el eterno mensaje que el rosacrucismo quiso ofrecer a nuestra reflexión.

*Merci. Muchas gracias.*

**[Artículo publicado en el Boletín Informativo N° 7 -junio de 2.006- del G.E.I.M.M.E.  
- Grupo de Estudios e Investigaciones Martinistas & Martinezistas de España]**